

rido en una pierna, y subiendo en el camino á los carros cargados de paja ó de yerba que llevaban las requisiciones á las ciudades, consiguió Louvet, á fuerza de disfraces y de astucias, aproximarse á Paris, en donde entró al fin, gracias á la adhesion de un guía fiel, y despreció en el seno del misterio y del amor los resentimientos de Robespierre. Cada dia, al noticiarle la muerte de uno de sus amigos, le hacian gozar de la vida como se goza de una felicidad que va á concluirse.

IX

Lareveillere-Lepeaux, diputado girondino como Louvet, fué del escaso número de los que se libertaron á la sombra de la guillotina. La revolucion habia encontrado á Lareveillere simple abogado de Mortagne, su patria, en el Bajo Poitou. Los nuevos principios habian sido para él, no un furor, sino una religion. Como discípulo de los filósofos, soñaba en el advenimiento de la razon humana, así en los cultos como en las leyes; pero esta razon no era, como la de Diderot, una burla amarga contra las instituciones y los dogmas, sino un ardiente amor de las luces y una aspiracion apasionada de la humanidad hácia Dios. Estas doctrinas habian unido á Lareveillere-Lepeaux á los girondinos, no porque fuesen ménos incrédulos, sino porque eran ménos sanguinarios que los montañeses.

Denunciado al otro dia de su caida como su cómplice, una voz habia exclamado con desprecio desde lo alto de la Montaña: «Dejadle *morir solo*; no tiene ni dos dias de vida». En efecto, estaba agonizando, y aquella voz le salvó. Pero proscrito al poco tiempo con los setenta y tres diputados sospechosos de haber sentido la caida de la Gironda, habia huido disfrazado de mil maneras por parajes desconocidos. Bosc, amigo de madama Roland, y Lareveillere se habian refugiado en un principio en una choza abandonada del bosque de Montmorency, en donde pasaron el invierno. Ni el uno ni el otro tenian dinero, y se mantuvieron con patatas y caracoles. Una gallina y un gallo eran toda su riqueza. Cansados ya de privaciones, extenuados de hambre, resolvieron un dia matar la gallina; pero un ave de rapiña, más hambrienta que ellos, la mató y se la llevó.

Cuando los administradores del Sena y Oise iban á cazar al bosque, Lareveillere y Bosc se escondian bajo las pilas de yerba ó bajo los montones de hojas secas. Pero habiendo sospechado algo los guardas, tuvieron que separarse, yendo cada uno á mendigar un asilo á la casualidad. Lareveillere se dirigió hácia el Norte; allí, un amigo fiel le habia ofrecido en otros tiempos darle hospitalidad. Vestido de andrajos, con los piés descalzos, y desfigurado por el insomnio y la fatiga, el proscrito encontró en el camino real al representante del pueblo Bouchotte, en un coche tirado por cuatro caballos, cubierto de laureles y de banderas tricolores, y el representante con el gorro frigio. Lareveillere temió ser conocido, y se apartó del camino real, andando errante por aquellos campos algunos dias. Un pastor repartió con él sus provisiones y su cabaña. Al dia siguiente un pobre campesino le dió un pan que llevaba para su hijo. A las puertas de la pequeña ciudad de Roye, inmediato á Buire, el fugitivo encontró una porcion de pueblo reunido, que llevaba á la ciudad sobre unas parihuelas á un proscrito como él que se habia suicidado en el campo. Este encuentro heló todo su valor. Lareveillere anduvo errante noche y dia en los campos, hasta que llegó moribundo á la puerta de su amigo. Este le recibió como á un hermano, y oculto, cuidado y

restablecido por la atencion de una familia generosa, pasó los malos dias de la revolucion bajo un nombre supuesto, entregándose en paz á su pasion favorita, que era el estudio de las plantas. Allí fué donde, inspirado por aquella divinidad que se descubre y que habla en las maravillas de la naturaleza, Lareveillere entrevió la religion simple y pastoral de que más tarde fué, no el inventor, sino el apóstol, y á la que se dió el nombre de *teofilantropía*. Aquella piadosa filosofía, compuesta de los dos dogmas elementales sacados del Evangelio, el amor de Dios y el de los hombres, fué predicada desde luégo por H. Haüy, hermano del abate de este nombre y célebre naturalista.

Lareveillere, cuyo nombre lleva esta religion, no tomó más parte en ella que la de ser el protector de sus inocentes ceremonias y de su moral, cuando la fortuna le elevó á la primera magistratura de la república. La ligereza burlona de la opinion atribuyó aquella tentativa de culto á Lareveillere-Lepeaux, cubriendo su nombre de ridículo. Proclamar la divinidad en medio del materialismo, la moral al pié de los cadalsos y el amor en el seno de las discordias civiles, no eran cosas que mereciesen aquel desprecio. Nada de lo que se dirige á elevar la humanidad hácia Dios debe ser rebatido por la irrision. Todas las ideas religiosas, aun cuando aborten, con el tiempo tienen su inmortalidad en la naturaleza. El nombre de Lareveillere-Lepeaux quedó honrado por el pensamiento que elevó hácia Dios desde el seno de las teorías de la nada.

Otro filósofo, Mr. de Malesherbes, tuvo las mismas desgracias y mayor gloria, sellando su vida con su muerte. Su grande y modesta virtud fué coronada por el suplicio. Desde el acto de fidelidad sublime que habia cumplido defendiendo á Luis XVI delante de la Convencion, Mr. de Malesherbes se habia retirado al campo, viviendo como un verdadero patriarca en medio de sus hijos y de sus nietos. Se supuso que su virtud era una conspiracion contra la época. Le pusieron preso con su yerno Mr. de Rosambo, sus dos nietas y los maridos de éstas. Uno de ellos era Mr. de Chateaubriand, hermano mayor del que debia dar á su apellido más lustre con su pluma que éste con su sangre. Todos fueron encerrados en la cárcel de Port-Libre y conducidos en grupos al tribunal. Mr. de Malesherbes habia aprendido á morir en el Temple, y murió sin indignarse contra sus asesinos, sufriendo el tiempo y la justicia de los hombres con paciencia y con esperanza. Pronto á subir al tribunal, dió un tropezon á la puerta de la cárcel. «Mal agüero, — dijo; — un romano se volveria á su casa.» Los presos de la Conserjería le pidieron su bendicion, como si fuese la del honor antiguo que se iba al cielo con él. Se la dió sonriendo. «Sobre todo, no me compadezcáis, — les dijo. — He sido desgraciado por haber querido adelantarme á la revolucion por medio de reformas populares. Voy á morir por haber sido fiel á la amistad de mi rey. Muero en paz con el pasado y con el porvenir.» Su familia entera le siguió en pocos dias al suplicio.

Miéntas que el generoso anciano iba á la muerte por haber defendido á su señor, Clery se consumia preso en la Fuerza por el delito de haberle servido y consolado en su cautiverio, desmintiendo de este modo, por el largo suplicio que habia aceptado en el Temple y por la cruel detencion que sufría como realista, las dudas que se habian concebido sobre su fidelidad al trono; dudas contra las cuales protesta la vida entera de este modelo de servidores de reyes destronados, y que

siempre su familia ha rechazado enérgicamente de su memoria y de su nombre.

El viejo Luckner, olvidado hacía mucho tiempo en los calabozos; el diputado Mazuyer, acusado del crimen de haber proporcionado fugarse á Petion y á Lanjuinais; Duval-Depreuil, uno de los primeros tribunos del parlamento; Chapelier y Thouret, el uno relator de la primera Constitucion, y el otro uno de los reformadores más esclarecidos de nuestro código, siguieron al poco tiempo á Mr. de Mallesherbes. Al subir á la carreta que iba á conducirles á la guillotina, dijo Chapelier á Depreuil: «Este pueblo va á ofrecernos en seguida un problema difícil de resolver». «¿Y cuál?»—dijo éste. «El de saber á cuál de nosotros se dirigirán sus maldiciones y sus silbidos». «A los dos»,—dijo Depreuil.

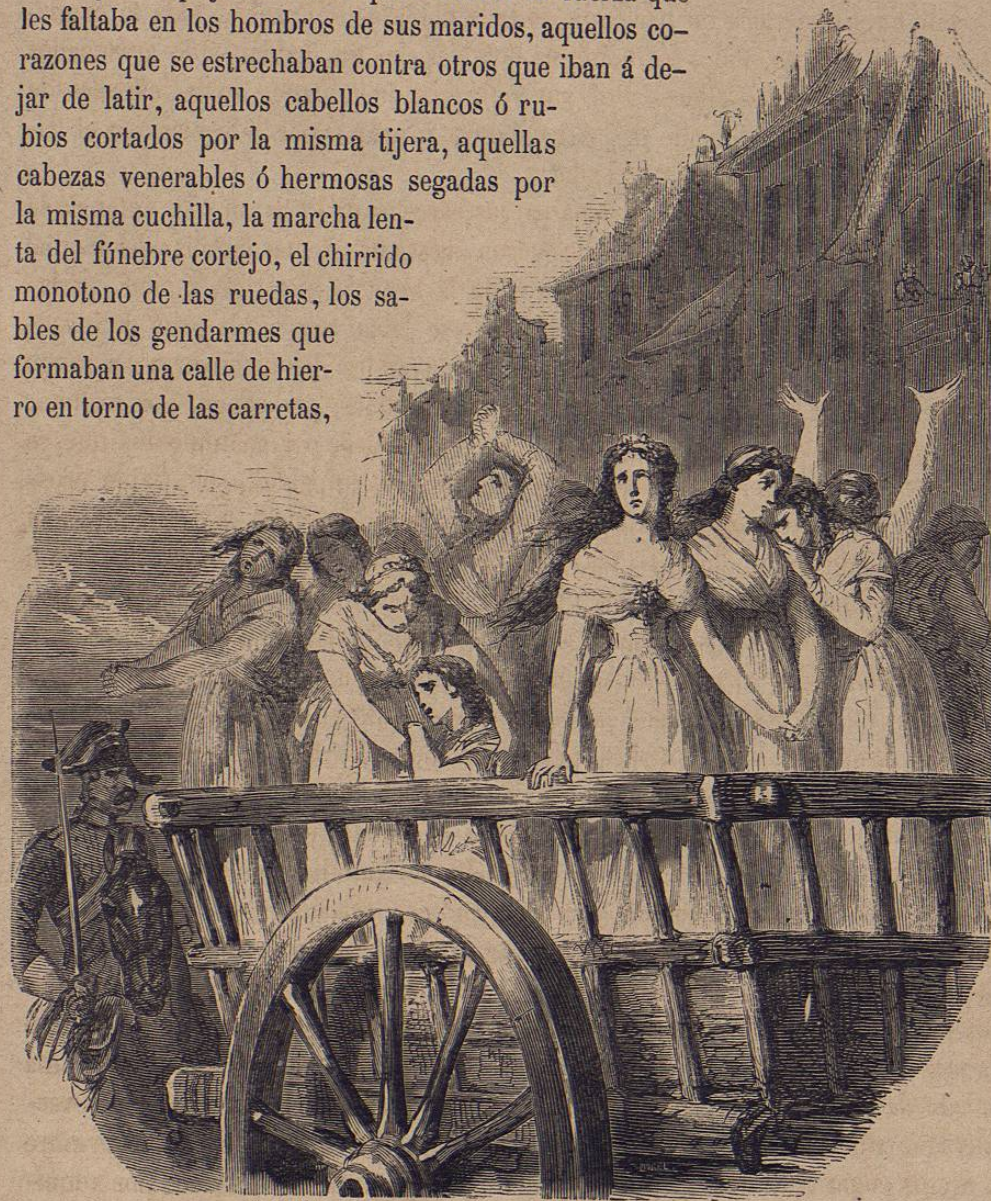
X

Ya no se juzgaba sino en masa, por clases, por jerarquías, por rangos, por generaciones ó por familias. Todos los miembros del parlamento de Paris, todos los recibidores generales de hacienda, toda la nobleza de Francia, toda la magistratura, todo el clero, todos los hombres notables, en fin, habian sido arrancados de sus palacios, de sus altares y de sus retiros, y acumulados en las cárceles de Paris, extraídos sucesivamente de los calabozos, juzgados por categorías en el tribunal, y arrastrados desde allí al cadalso.

Más de ocho mil sospechosos llenaban las cárceles de Paris un mes ántes de la muerte de Danton. En una sola noche fueron presas trecientas familias del arrabal San German. Todos los grandes nombres de la Francia histórica, militar, parlamentaria y episcopal sufrieron igual suerte. No se daban siquiera la pena de inventarles un crimen. Su nombre bastaba, sus riquezas les denunciaban, y su rango los entregaba á la cuchilla. Eran culpables por cuarteles, por rango, por fortuna, por parentesco, por familia, por religion, por opiniones, por sentimientos que se presumian, ó por mejor decir, no habia inocentes ni culpables, sólo habia proscriptores y proscritos. Ni la edad, ni el sexo, ni la ancianidad, ni la infancia, ni las enfermedades, que hacian toda criminalidad materialmente imposible, eran suficientes á libertar de la acusacion y de la sentencia. Los viejos paralíticos seguian á sus hijos, los niños á sus padres, las mujeres á sus maridos, las hijas á sus madres. Este moria por su nombre, aquél por su fortuna, uno por haber manifestado su opinion, otro por su silencio, tal por haber servido al trono, por haber abrazado con ostentacion á la república, por haber adorado á Marat, por haber sentido la suerte de los girondinos, por haber aplaudido con exceso á Hebert, por haber sonreido á la clemencia de Danton, por haber emigrado, por haberse quedado en su casa, por haber causado el hambre del pueblo no gastando sus rentas, por haber gastado en un lujo que insultaba la miseria pública; razones, sospechas, pretextos contradictorios, todo era bueno para llevar gente al patíbulo; bastaba encontrar delatores en la seccion respectiva, y la ley inducia á muchos á serlo, porque les daba una parte de los bienes confiscados. El pueblo, denunciador, juez y heredero á la vez de las víctimas, creía enriquecerse con estos bienes. Cuando les faltaba pretexto de muerte á los proscriptores, andaban en acecho de conspiraciones verdaderas ó supuestas en las cárceles. Algunos espías disfrazados se introducian entre los presos como si lo fuesen, provocaban las confidencias, los suspiros por adquirir la libertad y los planes de evasion, y otras veces los inventaban y los denuncia-

ban á Fouquier-Tinville. En las listas de proscripcion constaban centenares de nombres de sospechosos que no sabian sus crímenes hasta que oian las acusaciones en el tribunal. A esto fué á lo que se dió el nombre de *hornadas* de la guillotina. Con ellas dejaban vacíos los calabozos y daban al pueblo la emocion falsa de una gran maldad castigada, de un gran peligro evitado por la vigilancia y por la severidad de la república. Mantenian estas hornadas el terror, é imponian silencio á la murmuracion. Cada dia se aumentaba el número de carretas empleadas en conducir los sentenciados al cadalso. A las cuatro, iban más ó ménos cargadas por el puente del Cambio y por la calle de San Honorato hácia la plaza de la Revolucion.

Aquellos carros fúnebres conducian con frecuencia al marido y á la mujer, al padre y al hijo, á las hijas y á sus madres. Aquellos semblantes desconsolados que se contemplaban mutuamente con la ternura suprema de la última mirada, aquellas cabezas de doncellas apoyadas en las rodillas de sus madres, aquellas frentes de mujeres apoyadas como para buscar la fuerza que les faltaba en los hombros de sus maridos, aquellos corazones que se estrechaban contra otros que iban á dejar de latir, aquellos cabellos blancos ó rubios cortados por la misma tijera, aquellas cabezas venerables ó hermosas segadas por la misma cuchilla, la marcha lenta del fúnebre cortejo, el chirrido monotonico de las ruedas, los sables de los gendarmes que formaban una calle de hierro en torno de las carretas,



Las jóvenes de Verdun llevadas al cadalso.—Pág. 386.

los suspiros ahogados, los silbidos del pueblo, aquella venganza fría y periódica que se encendía y apagaba en una hora fija en las calles por donde pasaba la comitiva, imprimían á aquellos sacrificios algo más siniestro aún que el asesinato, porque era el asesinato dado en espectáculo y como diversión á todo un pueblo.

Así pereció diezmada la flor de la población: nobleza, estado eclesiástico, clase media, magistratura, comercio y plebe; así murieron todos los ciudadanos, grandes y oscuros, que representaban en Francia los rangos, las profesiones, las luces, las riquezas, las industrias, las opiniones y los sentimientos proscritos por la sangrienta regeneración del Terror; así cayeron una á una cuatro mil cabezas en pocos meses, entre las cuales hay que contar los Montmorency, los Noailles, los Laroche-foucauld, los Mailly, los Mouchy, los Lavoisier, los Nicolai, los Sombreuil, los Brancas, los Broglie, los Boisgelin, los Beauvilliers, los Maillé, los Montalembert, los Roquelaure, los Roucher, los Chenier, los Gramont, los Duchatelet, los Clermont-Tonnerre, los Thiard, los Moncrif, los Molé-Champlatreux. La democracia se abría paso con el hierro; pero al hacerlo, horrorizaba á la humanidad.

XI

El paso regular de aquellas procesiones del cadalso, después de haber sido por mucho tiempo un espectáculo y una especie de ilustración siniestra para las calles por donde pasaban, y sobre todo para la de San Honorato, se había convertido en un suplicio y en una especie de infamia para aquellos cuarteles. Los transeúntes evitaban encontrarse con ellas, y las ventanas, los almacenes y las tiendas se cerraban á la aproximación de las carretas. Las vociferaciones de la multitud iban á amenazar hasta en sus hogares á los ciudadanos que habitaban aquellas calles, y á asustar á los niños en los brazos de sus madres. Los vecinos abandonaban sus domicilios, y los propietarios empezaban á quejarse al ayuntamiento porque había convertido sus casas en palcos privilegiados del suplicio. La sangre de dos ó tres mil víctimas corría desde el principio de la primavera por la plaza de la Revolución, como si ésta fuese un matadero de hombres, enrojeciendo el piso é infestando el aire. Las Tullerías y los Campos Elíseos estaban desiertos; nadie paseaba ya en aquellos sitios, y los miasmas de la muerte corrompían la sombra de los árboles.

Dos ejecuciones, más siniestras y solemnes que las otras, acabaron de excitar la indignación de aquellos barrios contra los que habían situado en ellos la guillotina. Cuando el rey de Prusia tomó á Verdun en 1791, la ciudad había festejado la entrada de los libertadores de Luis XVI. Los habitantes de la ciudad llevaron á sus hijas á un baile que se dió con este motivo, los unos por opinión, y los otros por miedo. Después de haberse rescatado Verdun, la república se acordó de los festejos cuyo adorno habían sido aquellas jóvenes inocentemente. Llevadas á París y presentadas ante el tribunal, su edad, su hermosura, su obediencia á sus padres, la antigüedad de la ofensa hecha á la república, dado caso que tal pudiera llamarse á una diversión á que aquellas jóvenes asistieron sólo por dar gusto á sus padres, nada de todo esto fué suficiente para ablandar el corazón de los tigres, que las enviaron en masa al cadalso. Iban todas vestidas de blanco, y la de más edad tenía diez y ocho años. La carreta que las condujo parecía un cesto de azúcares en que las cabezas flotaban al movimiento del brazo que las sostenía. Los verdugos se enternecieron y lloraron con ellas.

El pueblo estaba aturrido de su mismo rigor. Al día siguiente las carretas, en mayor número, condujeron al suplicio á todas las religiosas de la abadía de Montmartre. La abadesa era madama de Montmorency. Aquellas pobres mujeres de todas edades, desde la más tierna juventud hasta la encanecida vejez, criadas desde niñas en el monasterio, no tenían otro crimen que haber obedecido á la voluntad de sus padres y haber sido fieles á sus votos. Agrupadas alrededor de la abadesa,



Madamas Tallien, Beauharnais y D'Aiguillon en los Carmelitas.—Pág. 390.

entonaron con sus voces femeniles los cánticos sagrados al subir á las carretas, y fueron cantando salmos hasta el cadalso. Así como los girondinos habían cantado el himno de su propia muerte, aquellas esposas del Crucificado cantaron, hasta extinguirse la última voz, el himno de su martirio. Aquellas voces resonaron como el eco del remordimiento en el corazón del pueblo. La infancia, la belleza y la religión, sacrificadas á la vez en aquellas dos ejecuciones, obligaron á la multitud á cerrar los ojos por no ver tanta barbarie.

La municipalidad temía entibiar con sus crueldades el patriotismo de aquellos opulentos cuarteles, y confiando hallar más implacabilidad en los arrabales, escogió el de San Antonio, suelo natal de la revolución del 14 de Julio, é hizo levan-